

DE MÉXICO Á MANILA

GRANDE fué la influencia que el poderoso virreinato de Nueva España tuvo en la conquista de la Oceanía española, así como en su sostenimiento; de tal manera, que sin el auxilio de México es posible que se hubiera retrasado indefinidamente la formal y definitiva posesión de los territorios por Magallanes descubiertos. Hagamos un poco de historia.

Apenas hubo regresado á España el insigne Sebastián Elcano, después de dar la vuelta al mundo con su gloriosa nao *Victoria*, y cuando se tuvo cabal conocimiento de todo lo acaecido en aquel primer viaje alrededor del mundo, formóse en la corte de España el natural empeño de entrar en posesión de aquellos territorios tan ricos en especiería y entre todos los cuales se señalaban las Molucas como su centro y emporio. Magallanes, el descubridor del mundo oceánico, había pagado con la vida su natural arrojo; la isla de Martan, cerca de Cebú, recuerda con un monumento elevado á la memoria del navegante insigne, el sitio donde fué muerto y hecho pedazos por los numerosos enemigos que sobre él cayeron; mas, aquel desastre no podía hacer que todo se perdiese; á Magallanes habían sobrevivido hombres como Elcano y con su concurso fácil era llevar adelante el pensamiento.

En poco más de año y medio después que arribara Elcano á España se aprestaron en la Coruña hasta veinte naves, que al mando de Juan José García de Loaisa dejaron aquel puerto en Junio de 1524 para seguir el derrotero de Magallanes. Iban en la armada Elcano, Urdaneta y otros distinguidos capitanes de mar y tierra; se creía en la seguridad de vencer todos los obstáculos y llegar al Moluco (como entonces se denominaban las Molucas), pero la desgracia debía acompañar á aquella brillante flota.

A poco de abandonar el Estrecho de Magallanes murió Loaisa; dos ó tres días

después seguía igualmente el gran Elcano, que se había hecho cargo de la escuadra, y como Loaisa, halló su sepultura en el mar inmenso. ¡Cuál más grande hemos escrito en otra parte ¹, más propia de aquel hombre superior, que fué el primero en recorrerlos y dominarlos todos! Para los espíritus pobres y apocados, para aquellos que no conciben el descanso eterno más que á la sombra del ciprés que se levanta triste y olvidado en el cementerio de la aldea, ó entre los mármoles sepulcrales de las grandes necrópolis, tal sepultura parece y es, en efecto, demasiado grande; mas para el hombre de mar, para aquel que llega á convertirlo en su vivienda propia, para el que sólo vive entre el murmullo de las olas y únicamente siente latir su corazón ante el estruendo fragoroso de las tempestades y el huracán horrible que así hace subir la frágil embarcación hasta tocar las nubes como bajar á las profundidades del abismo, para esos que llegan á tener la tierra como muy poca cosa, la sepultura que ellos aman y que les corresponde de derecho está entre las algas y corales del fondo del Océano. No llegarán allí los ayes y suspiros de deudos, amigos ó parientes; no irá nadie á depositar sobre su tumba una ofrenda ó piadosa memoria; pero ¿qué importa? el marino se halla reposando en el seno de su segunda madre y acariciado, no de un modo fugaz, sino perpetuamente por el quejido de las olas, sus amigas, y más que sus amigas, sus hermanas.

Elcano dejó trazado á su sucesor, Salazar, el rumbo que debía seguir. La flota arribó felizmente á las islas apellidadas de San Lázaro por Magallanes, y de los *Ladrones*, por su gente, ó sean nuestras Marianas; pero á la altura de las Visayas, una furiosa tempestad obligó á la escuadra á marchar hacia el Sur, renunciando á vengar la muerte de Magallanes y Balbosa. Murió también Salazar, haciéndose cargo de la ya mermada escuadra el capitán Iníiguez que al fin pudo arribar á las Molucas con muy contados buques y sólo 120 hombres.

El mal estado de aquéllos y las penosas vicisitudes de la tripulación, de lo cual hablaremos á seguida, impidió dar noticia á España de lo sucedido. Habían pasado tres años desde la salida de Coruña y temeroso Carlos V de que hubiera ocurrido un desastre, ordenó á Hernán Cortés, ya posesionado de todo México, organizase una escuadra que marchase en socorro de la de Loaisa. El ilustre caudillo no anduvo remiso en el cumplimiento de la orden y el 31 de Octubre de 1528 abandonaban las costas americanas tres grandes buques al mando del capitán Alonso de Saavedra, llevando numerosa artillería y cuantiosas provisiones.

Esta expedición, la primera organizada en Nueva España, fué feliz en su empresa. Saavedra arribó sin contratiempo alguno á las Marianas, de las cuales tomó formal posesión en nombre de España y llegó tan á tiempo á las Molucas que pudo salvar los pobres restos de la expedición de Loaisa. España era dueña de hecho y de derecho de las codiciadas Molucas; pero Portugal se empeñaba en disputárselas y hubiera ocurrido un rompimiento si Carlos V no hubiese tenido el buen acuerdo de no hacer una guerra por tan poca cosa. En 1539 se firmaba el tratado en virtud del cual Es-

¹ Cuba, Puerto Rico y Filipinas, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia.

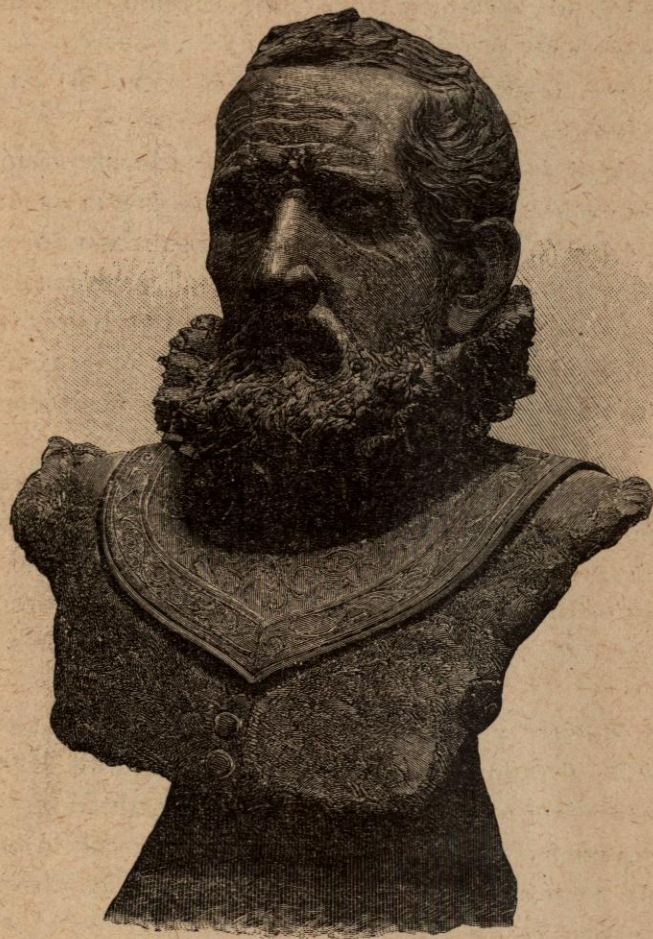
paña cedía las Molucas á los portugueses á cambio de una cuantiosa indemnización, sin renunciar por esto á los territorios ya explorados al Norte de aquellas islas, antes bien, fijando toda su atención en ellos.

Siguiendo sus órdenes, el día 1.º de Noviembre de 1542 salía del puerto mexicano de Juan Gallego una nueva flota de cinco buques al mando del licenciado Rui-López de Villalobos, que aunque hombre de letras, sentíase con disposición é inclinaciones bastantes para la vida de mar y la conquista de tierras desconocidas. Aquel hombre fué tan feliz en los comienzos de su empresa como desgraciado en su remate. Descubrió las islas al Norte del archipiélago de San Lázaro, á las cuales puso el nombre de *Islas de los Jardines*; puso la proa hacia el Sur y una horrorosa tempestad (un ciclón ó baguio) le arrojó sobre las islas que conocemos por las Carolinas y que él bautizó con el nombre de *Islas de los Arrecifes*, en las cuales perdió uno de sus buques. Quiso colonizarlas, para lo cual desembarcó parte de su gente; pero lo insalubre del clima le movió á abandonarlas, trasladándose á Sarangán, isla frontera al Sur de Mindanao. No fué allí más feliz que en las Carolinas, pues si bien al principio todo marchó bien, la enemistad de los indígenas, movidos por los portugueses ó guiados por la propensión de la raza moro-malaya que aún resiste nuestra dominación en aquellos parajes, le creó una situación de guerra cuyo más deplorable aspecto fué la carencia de víveres. Obligado por ella, tuvo que marchar á las Molucas, donde le recibieron los portugueses poco menos que como á enemigo; las contrariedades fueron tantas, que Villalobos murió de tristeza en las Molucas; el resto de la flota se dirigió á España, donde llegó en 1549.

Felipe II que acababa de suceder en el trono al Emperador, su padre, no era hombre que hacía las cosas atropelladamente ó de manera incompleta. La extensión de los territorios descubiertos exigía una expedición seria si se había de ocuparlos con carácter permanente, y esto reclamaba tiempo y algún más desembarazo que el que le dejaban las complicaciones internacionales que heredara de su padre. El propósito de conquistar y reducir las que ya empezaban á llamarse *Islas de Poniente*, por caer á este lado de México, sufrió la demora natural; pero cuando se resolvió á llevarlo á cabo se hizo empleando grandes recursos y acudiendo á los hombres que mejor podían garantizar el éxito.

Nueva España debía ser y fué el punto elegido para aprestar una expedición que había de ser no sólo fuerte por el número de buques y gente de guerra que llevara, sino por sus elementos de propaganda. La religión debía cooperar de una manera principalísima á la obra y los misioneros agustinos fueron los designados para ello: la espada y la cruz iban á unirse una vez para llevar á cabo la grande empresa de difundir la civilización y la cultura por las tierras inexploradas sumidas en la barbarie.

Los jefes elegidos para aquella gran misión eran Legaspi y Urdaneta. La abnegación y el patriotismo ardían al igual en el pecho de uno y otro, y ambos reunían condiciones de carácter tan extraordinario que cualquiera de ellos bastaba por sí solo para dar cima á la empresa. Digamos algo acerca de ellos.



MIGUEL LÓPEZ DE LEGASPI, de noble solar vizcaíno, había llegado joven á México. Dotado de altas prendas de inteligencia y verdadero saber, desempeñó en aquella capital cargos diversos é importantes, en los cuales se grangeó la simpatía de sus conciudadanos; á la sazón era Alcalde mayor de México, y cuando el Virrey lo designó para el cargo de Adelantado de las islas de Poniente aceptó la oferta no por espíritu de medro personal, sino con ánimo de aportar á la obra todo su valimiento y su cuantiosa hacienda, como lo hizo desde luego vendiendo cuanto poseía y apelando á sus amigos para que le siguieran.

Este era el hombre civil y militar de la expedición; el hombre de mar y al propio tiempo religioso, hallábase también en aquella capital, recluso en un convento de frailes agustinos: era Andrés de Urdaneta.

Nacido en Villafranca de Guipúzcoa, perdió muy joven á sus padres, y falto de medios para seguir los comenzados estudios se hizo militar. A los veinticuatro años era capitán de los tercios de Italia; regresó á España, y propenso al estudio se consagró al

de las matemáticas y la náutica, sobresaliendo en ellas. De ánimo resuelto y emprendedor, trocó su carrera por la de marino, embarcando como piloto en una de las naves de la flota de Loaisa, cuya historia hemos trazado más arriba; pero no lo hemos dicho allí todo, pues nos reservábamos para este momento lo que al importante papel de Urdaneta se refería.

Muertos los principales jefes de aquella expedición, el joven piloto tomó el mando de las mermadas fuerzas que llegaron á las Molucas. Había que hacer prodigios si se había de hacer frente á los portugueses que tenían por suyos aquellos territorios, y Urdaneta los hizo. Merced á su ingenio supo atraerse á los reyezuelos de las islas y construir hasta 19 pequeñas embarcaciones tripuladas en parte por indios; así pudo combatir á los portugueses que al fin se presentaron con 30 naves, empeñando con ellos una lucha que duró nueve horas y que terminó por la completa derrota de los enemigos.

Estas luchas y las inclemencias del país redujeron á 20 el número de los españoles: todos hubieran sucumbido si no hubiese llegado á tiempo de evitarlo la expedición de Alonso de Saavedra, reducida ya á dos buques. Resuelto el abandono de aquella inhospitalaria tierra, Urdaneta fué el último en dejarla y regresó á España, haciendo el viaje por el cabo de Buena Esperanza, á los once años de haber salido de Coruña.

De aquí marchó á México, y contrariado por la fortuna, así como desengañado del mundo, hízose fraile agustino é ingresó en el convento de la orden en aquella capital. Allí pensaba terminar sus días; pero la mirada escrutadora de Felipe II, que alcanzaba á los últimos confines de su vasta Monarquía, descubrió en aquel retiro el hombre que necesitaba para el mando de la flota, y cuando el Virrey penetró en la celda del ya anciano religioso y le entregó el autógrafo en que el Monarca le encomendaba el mando de la escuadra, aquel hombre que pasaba de los sesenta años puso la regia carta sobre su cabeza, después de besarla, y contestó al Virrey que estaba dispuesto á ir donde el Rey dispusiera para morir en su servicio, si era menester. Así eran los hombres de aquellos tiempos.

Todo quedó ultimado en breve, y el 21 de Noviembre de 1561 se hizo á la vela en el puerto de Natividad una escuadra compuesta de cinco grandes naves con 400 hombres entre marinos y soldados y una verdadera falange de frailes agustinos. Llevaba la flota toda clase de recursos, á más de abundantes provisiones; pero quedaba convenido que mientras no pidiera socorro debía contar únicamente con sus propias fuerzas.

La navegación fué feliz. Urdaneta, buen conocedor de aquellos mares, se dirigió á las Marianas, descubriendo al paso la isla de los Barbados. Allí permaneció la expedición hasta Febrero de 1565, y diez días después de su salida arribó á Leyte; reconoció otras varias, y á últimos de Abril dió fondo en aguas de Cebú.

La memoria de los españoles que cuarenta años antes habían arribado allí con Magallanes, se había borrado por completo. La cruz plantada por el insigne descu-

bridor, erguíase allí en el mismo sitio en que lo fuera y que actualmente es el de la catedral, en cuyo recinto guárdase aquella joya histórica; pero, ¿qué sabían los indios? Faltos de toda memoria, consideraban á los recién llegados como seres desconocidos: al verlos fumar decían de ellos los indígenas que bebían fuego, y al disparar sus armas que lanzaban rayos, no siendo menor la admiración que les causaba el resplandor de los cascos y armaduras. Legaspi se condujo desde luego como buen político, renunciando á toda idea de vengar la muerte de Magallanes y la traición que costara la vida á Balbosa y parte de su gente; antes al contrario, trató desde el primer momento de captarse la amistad de los isleños, pagando con largueza cuanto les pedía y empleando en suma los elementos de atracción que estaban á su alcance.

No le hizo variar de su propósito la traición que unos cuantos tramaron contra él: descubierta á tiempo, no se excedió en el castigo y dejó que la predicación de los misioneros diese sus frutos. Un hecho inesperado vino á favorecer sus miras.

A poco de llegar, un soldado vizcaíno se encontró en una casa abandonada un cajoncito que no tardó en abrir, y con asombro halló en ella una preciosa imagen del Niño Jesús. Corrió á presentarla á Urdaneta, y «fué tanto el gozo de su espíritu, dice un historiador, que bañó su venerable rostro de copiosas lágrimas.» Legaspi, cuya religiosidad era bien conocida de toda la armada, adoró aquella imagen, cuya aparición creyóse milagrosa, y mandó que los religiosos erigiesen un altar donde colocarla. Celebróse el acto con una gran fiesta religiosa, formando las tropas y haciendo los buques las salvas de costumbre; de forma, que atraídos los indios por el espectáculo, acabó por presentarse el reyezuelo Tupas con numeroso pueblo: todos abrazaron la religión y se sometieron gustosos á Legaspi ¹.

Desde aquel momento la situación de los expedicionarios mejoró visiblemente, pero no era todo lo tranquila que podía desearse. Los misioneros difundían la religión y la idea de obediencia á España por el centro de la isla y por las á ella próximas, adelantando mucho la redención; sin embargo, notábase cierto despego que se atribuía no sin fundamento al trabajo de los agentes portugueses, malayos unos, chinos otros, en su mayor parte, y cuya presencia hizo creer que nuestros rivales en aquellos mares no tardarían en presentarse en Cebú. La creencia no tardó en convertirse en realidad, pues los portugueses aparecieron en aquellas aguas con dos grandes buques y ademán hostil; mas, al ver los medios de defensa con que contaba Legaspi y su actitud resuelta, optaron por la retirada.

Era posible que volviesen con mayores elementos, y en previsión de ello resolvió el Adelantado pedir auxilio á México, encomendando la misión al P. Urdaneta, el cual salió en seguida con uno de los buques. Legaspi, seguro de la posesión de la isla, formó pueblo con su gente, creando ayuntamiento en Cebú, y extendió su acción sobre las islas de Panay, Bohol y otras. Al fin llegaron los esperados auxilios de

¹ Sin duda, la imagen debió ser abandonada por alguno de los tripulantes de la escuadra de Magallanes. El Santo Niño de Cebú ha sido siempre y es en la actualidad objeto del más fervoroso culto por parte de los agustinos, que conservan la imagen en la iglesia de su convento. Los cebuanos le profesan especial devoción.

México: Urdaneta había quedado en su convento, achacoso y muy envejecido por las penalidades de su accidentada vida, y allí vió llegar su término, con la conciencia tranquila por haberla empleado toda en servicio de su religión y de su patria. En cambio de aquel viejo, venía á la cabeza de la expedición, compuesta de dos hermosas naos que trasportaban 200 hombres de guerra, un gallardo joven de diecinueve años, de aire marcial y dotado de altas prendas: era un nieto de Legaspi, Juan de Salcedo, que mereció por sus hechos el dictado de Hernán Cortés filipino.

Salcedo recibió el encargo de ir á castigar á los ribereños de Mindoro que, como buenos moro-malayos, se dedicaban á la piratería, causando frecuentes daños; con sólo 30 hombres llevó á cabo la empresa, y probada su pericia, le encomendó Legaspi la aún más importante de conquistar y reducir, secundado por el maestro de campo Martín de Goiti, la extensa isla de Luzón, de cuyas condiciones se contaban maravillas. Desembarcó en Batangas con 120 españoles y algunos cebuanos, y habiendo salido á recibirle los naturales en ademán hostil, les atacó y venció, quedando herido de flecha en una pierna; siguió hacia el Norte, y al penetrar en la bahía de Manila halló á Goiti que le esperaba con su gente.

Ambos comprendieron que la desembocadura del anchuroso Pasig era importantísima y el punto más á propósito para dominar una bahía capaz por su extensión de contener las mayores escuadras, y cuyas pintorescas márgenes estaban habitadas por una población numerosa. Inmediatamente entablaron relaciones con los reyezuelos de Manila y Tondo, apellidados Solimán, el primero, y Lacandola, el segundo. Hecho el pacto de amistad, los españoles llevaron sus naves al Pasig, mas apenas estuvieron fondeadas, Solimán, cuyas creencias mahometanas le hacían mirar mal á los cristianos, las atacó súbitamente.

El rajah fué rechazado y puesto en fuga. Juan de Salcedo comprendió que había que aprovechar aquel fácil triunfo y saltó en tierra con 80 hombres, decidido á tomar la fortaleza que á la izquierda del río tenía Solimán. No era la fortificación gran cosa, pues constaba de una empalizada de madera, pero estaba artillada con 12 piezas de procedencia portuguesa y dirigidas por un portugués. Goiti cañoneó el fuerte desde los buques, y llegado el momento oportuno se lanzó Salcedo al asalto, apoderándose del fuerte; sus defensores huyeron dejando al portugués en poder del vencedor. Lacandola permaneció fiel á su palabra teniendo enarbolada bandera blanca en su casa mientras duró la lucha.

Avisado Legaspi de cuanto ocurría, así como de las ventajas con que brindaba la isla de Luzón para establecer allí el centro de operaciones, resolvió trasladarse á Manila, con tanta mayor razón cuanto que acababa de recibir despachos del Rey en que se le mandaba posesionarse de las islas más fácilmente colonizables y establecerse sólidamente en ellas. Así, después de repartir terrenos á 50 españoles abandonó á Cebú, cuya naciente población recibió el nombre de ciudad, dejando en ella como gobernador á Guido de Lavezares. Tocó en Cavite, donde no halló resistencia, antes bien los habitantes se reconocieron súbditos de España, y habiendo

desembarcado en Manila, pronto vió acudir á Lacandola con toda su gente para prestar juramento de fidelidad.

Otro hombre menos político hubiera tratado de castigar á Solimán por su pasada traición, pero Legaspi prefirió atraérselo y le fué fácil conseguirlo merced á la intervención de Lacandola, con el cual estaba emparentado Solimán. El perdón para éste y grandes distinciones para Lacandola establecieron una alianza definitiva, alianza que convertida en la más pura lealtad en los Lacandolas, hizo de su raza un modelo de españolismo y un auxiliar constante de nuestra causa en Filipinas.

El 15 de Mayo de 1571 se verificó la ceremonia de erigir la ciudad de Manila, declarándola capital de las islas que recibieron el nombre de Filipinas. Se trazaron las calles con perfecta alineación, se señaló mayor amplitud al fuerte, se nombró ayuntamiento y se declaró la ciudad puerto franco. Se señaló sitio para la iglesia, poco después convertida en catedral, dióse terreno suficiente á los agustinos para edificar un convento, y los españoles que lo quisieron tuviéronlo también para levantar su casa y establecer haciendas. España había añadido una más á las numerosas ciudades que llevaba levantadas en los territorios hasta entonces ajenos á la civilización.

Aún faltaba hacer algo para llegar á la entera dominación del país. Los indios de Macabete y Hagonoy, movidos acaso por los adeptos á Solimán, intentaron hostilizar á los españoles, y bajaron á Tondo en solicitud de que se les uniese Lacandola. La proposición fué rechazada; pero en cambio, al presentárseles un emisario de Legaspi para que se sometieran, contestaron que esperaban á los españoles en la barra de Bangusain. Fué necesario aceptar el reto, y habiendo marchado Goiti con 80 hombres al sitio designado, consiguió derrotar fácilmente á los insurrectos, así como someter muchos pueblos. En 1572 todo el territorio de Bulacán y la Pampanga estaba sometido y convertido al cristianismo.

Salcedo hacía entretanto maravillas. Encargado de someter los extensos territorios que forman la cuenca de la gran Laguna de Bay, donde el Pasig tiene origen, sostuvo una serie de pequeños combates, que terminaron por la pacificación de toda aquella parte. De allí se trasladó á Zambales, á Pangasinán, á Ilocos y al gran valle de Cagayán, dominándolo todo, no sin repetidos encuentros y contrariedades sin número; llegó á la costa oriental de la isla, y corriéndose por Nueva Ecija, terminó su triunfal expedición en Albay. Había recorrido á Luzón de Norte á Sur y de Este á Oeste, todo en menos de un año, atravesando bosques vírgenes, ríos caudalosos y ásperas cordilleras, cuya vista asombra; apenas se concibe tanta actividad, tanta audacia y éxito tan rápido como feliz.

Legaspi vió terminada su obra, pero no pudo recrearse en ella mucho tiempo, pues murió en Agosto de 1572. Su cadáver fué depositado en la iglesia del convento de agustinos; pero el incendio que pocos años después destruyó aquel edificio y gran parte de la ciudad, hizo desaparecer los restos del insigne Adelantado entre los escombros. En tiempo reciente se ha erigido en Cebú un monumento á su memoria:

consiste en una columna estriada que descansa sobre un basamento cuadrangular y remata en un casquete muy airoso; mas ni en Manila ni en Madrid hay un recuerdo material del insigne Alcalde mayor de México. Después de todo, ¿para qué lo necesita? Su memoria vivirá mientras haya quien sepa tener en lo que valen la abnegación, el patriotismo y una existencia consagrada á la causa nacional.

* * *

¿Qué fué de los compañeros de Legaspi? ¿Qué del heroico Salcedo y del esforzado Martín de Goiti? No está demás decirlo.

Muerto el primer Adelantado, entró á reemplazarle en el mando del archipiélago su amigo y compañero Guido de Lavezares, hombre de letras, como él, y el cual, según hemos dicho más arriba, dejó confiado el gobierno de Cebú al partir para Manila. Martín de Goiti continuó en el cargo de maestro de campo; y en cuanto á Juan de Salcedo, diósele una especie de Gobierno en la parte Norte de Luzón, fijando su residencia en Ilocos.

Transcurrieron así dos años, adelantando de día en día la obra de la redención, y con ella la de la civilización de los indios. Todo estaba tranquilo, y no había ni siquiera el temor de que enemigos exteriores vinieran á perturbar la paz del archipiélago. Un acontecimiento inesperado vino á destruir aquellas seguridades, poniendo á prueba el valor de los españoles, de tal modo, que á no ser por la resistencia heroica de que dieron hermosa muestra, todo se hubiera perdido.

El 29 de Noviembre de 1574 presentóse y dió fondo en el puerto de Maribeles una formidable escuadra, compuesta de 70 buques, al mando del famoso pirata chino Limahong. Más que escuadra, era aquello una población flotante, pues iban en ella, aparte 4.000 hombres de armas, gran número de artesanos consagrados á sus respectivos oficios, médicos, boticarios, mujeres y niños. Limahong era el terror de los mares de China: apresaba cuantos buques le parecía, atacaba y saqueaba las más ricas poblaciones de las costas y de los grandes ríos, y llegó á tanto que se hizo temible al Emperador. Sólo cuando éste consiguió formar tres grandes escuadras pudo derrotarlo, aunque no destruirlo, pues aún le quedaron 70 de los 100 buques que había conseguido reunir merced á sus depredaciones.

Hallando difícil y arriesgado el género de vida que hasta entonces había seguido, pensó apoderarse de algún territorio, y en el cual establecerse como Soberano; y con noticia de lo que era Manila, determinó acometerla para fundar su reino. Hombre astuto y habituado á las cosas de la guerra, procedió como tal, no metiéndose de lleno en la bahía, sino recalando en Maribeles, que, como es sabido, se halla en el canal de entrada. Así logró que los españoles no se apercibiesen del peligro que les amenazaba; y cuando al amanecer del día siguiente cruzaron la bahía y desembarcaron en la playa de Malate 400 hombres al mando del general Sioco, cogieron tan de impro-

viso á los españoles, que nadie supo en los primeros momentos darse cuenta de lo que pasaba.

Sioco avanzó con pasmosa rapidez, arrasándolo todo. Martín de Goiti, cogido de improviso en su propia casa, defendió cara su vida, hiriendo ó matando á cuantos se le acercaban; pero al fin sucumbió al número, muriendo con toda su familia á manos de los piratas. Estos se fueron derechos sobre la pequeña cotta que servía de fuerte á los españoles; mas por fortuna acudió á tiempo para cortarles el paso el esforzado capitán Lorenzo Chacón, que con 20 arcabuceros los tuvo á raya; le era difícil, sin embargo, sostenerse por el empuje de los chinos, y ya estaba á punto de retirarse al fuerte, cuando acudiendo por opuesto lado el no menos valeroso capitán Velázquez con otros 20 arcabuceros fué tal la arremetida, que los chinos tuvieron que retirarse.

Esto no era más que la primer jornada. Al día siguiente se presentó Sioco con 1.500 hombres, divididos en tres batallones, y sus buques avanzaron hasta la boca del río, con el propósito de cañonear el pequeño fuerte. Allí se había preparado todo para una desesperada defensa: Guido de Lavezares había acudido con todos los españoles, y á pesar de sus muchos años había tomado parte material en los trabajos para reforzar los débiles muros; pero, sobre todo, lo que más confianza infundía era la inesperada presencia del heroico Juan de Salcedo, acompañado de 150 arcabuceros.

Todo el mundo le hacía en Ilocos, pues aquella era su residencia, y allí hubiera continuado, constándole, como le constaba, el poco afecto que merecía á Guido de Lavezares, si su perspicacia no le hubiera hecho comprender que amenazaba un gran peligro á Manila y que era preciso dirigirse á ella á toda costa. Hallábase efectivamente Salcedo en su pequeña capital contemplando el mar desde el punto llamado *La Mira*, cuando vió cruzar, en dirección al Sur, la formidable escuadra de Limahong. ¿Dónde podían ir tantas naves y cuál podía ser su intento? Indudablemente á Manila, y el propósito apoderarse de ella.

Concebir esta idea y aprestarse velozmente á acudir á la defensa de Manila fué todo uno. Reunió su gente, y embarcándose en débiles lanchas movidas á remo, se lanzó al mar. Asombra tanta resolución y audacia: era una verdadera locura fiar la vida á débiles barcas en aquellos mares siempre agitados y amenazadores; pero esas locuras son las que salvan á los pueblos y acreditan á los grandes capitanes. Seis días emplearon aquellos pequeños esquifes en salvar la distancia que los separaba de Manila, y, como si Dios los protegiera, pasaron á la vista de Maribeles sin que Limahong los apercibiera, cruzaron la bahía, y ya de noche se entraron en el Pasig, siendo recibidos en el fuerte con transportes de admiración y alegría.

Lavezares le ofreció el cargo de maestre de campo, vacante por muerte de Goiti, y aunque había allí otros capitanes más antiguos que él, todos aplaudieron tal resolución; no merecía menos el heroísmo demostrado, prenda segura de que habría de hacerse patente en cuantas ocasiones ofreciera aquella crítica situación.

Sioco había distribuído su gente en tres columnas: la primera, situada en la playa, estaba bajo sus órdenes, y debía atacar de frente la pequeña fortaleza; otra debía

operar sobre la misma por la parte de la población, y la tercera por la parte del río, si bien tenía orden de no moverse hasta que se le mandara. Salcedo se encargó de hacer frente á la columna que debía atacar por la parte de la ciudad; el alférez Sancho Ortiz, hombre resuelto y experimentado, debía rechazar á los que formaban en la playa, y los demás puestos se confiaron á los capitanes más acreditados.

«Acometieron valerosos los dos primeros escuadrones enemigos, dice un testigo presencial de los hechos, saludados de nuestra artillería, que, obrando mortales efectos, los empeñó á avanzar aceleradamente, peleando con desesperación formidable 1.000 hombres por tierra y los navíos por mar, dando por tres partes cargas que acribillaban á balazos á nuestros 200 españoles, acorralados en un mal formado trincherón. Destrozáronse de ambas partes lastimosamente, en cuya horrible correspondencia alcanzaba las nubes la ciudad con volcanes de incendio. Pudiera aflojar el enemigo el arco á la cólera por el derramamiento de sangre y pérdida de muchas vidas, á no irritarle más la vista de los cuerpos muertos, de tal suerte que, picado, ya no peleaba por vencer, sí por vengar furioso los causadores de su afrentoso daño. Arrojóse osadamente entre arcabuces y picas al postrer lance de la escala por lograr con ímpetu su obstinada intención.

»Los católicos, si bien peleaban con más justa causa por defender la patria, fe santa de Dios y presidio de su Rey, cobrando excesos de valentía con el mayor denuedo, tesón y brío que pudieron envidiar los afamados capitanes de la antigüedad, hubieron de rendirse por una parte del fuerte al inmenso golpe de tanto asedio de los escuadrones y de la artillería enemiga, que le cogía de manifiesto, sobre estar nuestros infantes molidos y cansados del continuo trabajo de aquellos dos días, en la primera batalla, en la estacada y en la provisión de armas y pertrechos de guerra, sin habérselas quitado del cuerpo en todo aquel tiempo, con tan corto reparo en la defensa de la muralla de tablas y estacas, que no fué lo menos dañoso, pues la entraron los enemigos por la parte del general Sioco.

»Defendía el puesto nuestro alférez Sancho Ortiz con gran valor, á golpe de espada y alabarda, que la jugaba con destreza, matando cuerpo á cuerpo á muchos de ellos, y en particular á los chinos atrevidos, que, menospreciando la muerte, se le encararon; apoderados ya de la muralla, quitóles con la vida el deseo de proseguir su extremado arrojamiento, no la gloria de su bizarro acometer. Tocó á muchos el rigor de su cuchilla, derribándoles del muro mal de su grado con peligrosas heridas. Susténtase de esta suerte con su valerosa escuadra gran espacio de tiempo, mientras se peleaba en todas partes á porfía con mortal destrozo, hasta que, dándole desgraciadamente un arcabuzazo, cayó muerto. Embistiéronse entonces á tropel los más diestros enemigos, y aunque caían muchos muertos y heridos, se adelantaban otros, á cuya sombra se guarecieron los que fueron bastantes á señorearse del puesto á fuerza de valor y muchedumbre.

»Entraron la muralla adentro, destrozando la tropa de Sancho Ortiz, gozando la victoria hasta la placeta del fuerte, donde estaba la casa del gobernador, á cuya vista

las mujeres, criados y muchachos dieron tantas voces y alaridos, que, penetrando en el corazón de Juan de Salcedo, le hizo revolver con extraña viveza y atención militar, hecho argos de oídos y ojos á la parte donde voceaban, y, como león desatado, con un trozo de piqueros y arcabuceros y el famoso Francisco de León su fiel compañero, rebatieron valerosos la furia enemiga, matando, hiriendo y arrojando cuerpos de la muralla á golpe de espada y pica, con más presteza que subieron, á costa de nuestro insigne alcalde y algunos buenos soldados que murieron en este rebato.

»Los chinos despejaron á su despecho la fuerza que ya tenían por suya, muerto de un balazo el soberbio capitán general Sioco, con otros calificados capitanes y el segundo maestre de campo del segundo tercio. Preparó á este tiempo Juan de Salcedo, con admirable inteligencia de la guerra, en que el enemigo, resfriada la sangre, por vista de la que se había derramado de los suyos, se detenía en el acometer, experimentando el daño de nuestras picas, que hasta entonces no se habían descubierto por este lado, y, gozando de la ocasión, abrió un portillo, apartando cajas y picas, y salió á la campaña con 50 arcabuceros, dándoles tan apresuradas cargas, que perturbados y revueltos los dos escuadrones, atropellándose unos á otros con la falta de los dos superiores cabos, se retiraron á espaldas vueltas por la playa adelante, cayendo muchos, si muertos á balazos, también de su temor. Siguióles un buen espacio el invencible restaurador Juan de Salcedo, acompañado del capitán Lorenzo Chacón, experto y entendido soldado, que, reparando en la multitud de enemigos por vanguardia, á vista del tercer escuadrón entero, y casi ya en la retaguardia, si chocasen juntos despistarían la mayor victoria de la conquista, le aconsejó no se desabrigase de la fuerza, porque pudo haber sido industria enemiga el haberse guardado aquel tercio para acometer en esta sazón, cogiendo á los nuestros en medio, en que se arriesgaba con su pérdida todo el resto del presidio. Parecióle bien, que el acuerdo es más sabio admitiendo consejo. Retiróse, y reprimiendo su mismo esfuerzo, duplicó triunfos á la victoria, venciendo á un mismo tiempo dos inexpugnables contrarios: al enemigo con su espada, y al más valiente capitán de los campos con su atención y valor.»

La victoria era nuestra. Limahong desembarcó su gente, pero al ver el desánimo de los suyos por la muerte de Sioco y otros de sus jefes más apreciados, comprendió que era inútil todo esfuerzo, y se retiró á sus buques; mas no queriendo renunciar á su propósito de erigirse en Soberano, desembarcó en Lingayen y se proclamó Rey de la Luzanía. Allá marchó Salcedo con 250 españoles y 1.500 indios, caminando por tierra y cayendo tan de improviso sobre los chinos, que los derrotó en el primer empuje, acorralándolos en una pequeña fortificación que habían labrado. Salcedo les quemó la escuadra, y hubiera acabado con todos ellos si los piratas no hubiesen conseguido forzar de noche la estacada que cerraba el paso del río, escapando algunos en las barcas de que se habían provisto, otros huyendo á los montes, donde unos fueron muertos por los indios y otros consiguieron ser cogidos por ellos.

Así terminaron aquellos hechos memorables, que todavía se celebran en Manila

el 30 de Noviembre con fiestas suntuosas, y en los cuales rayaron á tanta altura las raras prendas de valor y pericia del Hernán Cortés filipino, el español-americano Juan de Salcedo. Hermoso porvenir debía esperar tan insigne caudillo, pues la gloria de sus hechos había llegado á España, y seguramente el Rey, que necesitaba de grandes capitanes, le habría confiado más importantes empresas que hasta entonces le tocó desempeñar; pero cuando esperaba tranquilo en Ilocos el galardón que merecía, un vaso de agua, tomado en un día de marcha, acabó con aquella existencia vigorosa.

Tal fué el fin de los compañeros de Legaspi, y así acabaron los que con él contribuyeron á la conquista y redención de las islas Filipinas. Como ha podido apreciarse por la narración de los hechos, nada se hizo en aquel archipiélago hasta que llegó á él la expedición organizada en México, y de que era jefe principal su alcalde mayor Miguel López de Legaspi. A México debió Filipinas no sólo entrar bajo el dominio de España, sino su sostenimiento, pues sabido es que durante siglos el Virreinato atendió á todo cuanto las islas de Poniente hubieron menester. México dió también hijos ilustres á Filipinas, mereciendo entre ellos citarse el gran arzobispo de Manila, Poblete, modelo de prelados, y el desdichado Rojo, muerto de melancolía al ver á los ingleses dueños de aquella capital, á fines del siglo último. Su rápido fin no le dejó ver cómo un hombre de toga, anciano y casi solo, organizó fuerzas indígenas bastantes para derrotar las columnas inglesas y encerrar al invasor dentro de los muros de Manila; hermoso ejemplo de lo que puede el patriotismo cuando se enciende en los corazones españoles.

WALDO J. ROMERA